

desde la literatura

Llanto*

Carmen Boullosa

VII

El viento continuó avanzando, sin alzar la cabeza, pegado al piso, rastrero, pertinaz, constante. El viento siguió llevando aquella arenilla imperceptible en que se convirtieron las mujeres que reventando en carne reventaron en arena, insostenibles en este tiempo. El viento avanza, avanza, se dirige. El viento sigue, acariciando tobillos, rozando los cauchos de las llantas de los automóviles, oliscando los troncos de los árboles cuando se convierten en raíces, pasando como un soplo al pavimento. El viento sigue avanzando, sin cansarse. Se posa aquí y acá, pero no se detiene. Se posa, dice “aquí estoy, cuidado”, nunca para. Está para estar. Recorre la ciudad con celeridad y reconociendo los grandes mercados hundidos en yerbas pudriéndose al sol, los mercados de anchas avenidas para los que compran al mayoreo, los mercados de puestos al aire libre y montañas de elotes, los mercados bulliciosos donde nada llega envuelto más que de su propia cáscara, y ni esto a veces: los elotes sin hojas exponen los granos, ejemplificando los de los cerros de elotes que reposan bajo ellos, las tinajas de zanahorias, los mazos de flores, las papas en volúmenes tales que siendo sin olor perfuman el aire con olor a papa, el rancio olor de la papa, y las cebollas acomodadas mirándonos como ojos ciegos en interminables pasillos... Ahí fue el viento, recorriendo el gran mercado de Jamaica entre las húmedas hierbas

* Capítulos VII y VIII de la novela en que se relata la imposible reaparición de Moctezuma II, nueve veces 52 años después de la caída de Tenochtitlan, en el Parque Hundido el 13 de septiembre de 1989.

que parecen volver escudillas de sopa fría a los pasillos del mercado... Recorrió el venticillo, olisqueando, como queriendo comprobar si la huella del gran tianguis había sobrevivido a los siglos de los siglos o si había sido reemplazada por esa nueva idea del mercado, el supermercado, el que en nada se parece a aquel otro mercado, aunque el color de las ropas, las risas, los corrillos de gente, las charlas de los marchantes son reemplazados por el color de los envases fastuosos de los alimentos, como si para practicar la compra y la venta necesitáramos apoyarnos en adornos rituales... El venticillo siguió adelante. Aventó de nuevo otro puño a los pies de un atolondrado escritor, enviándolo en un chorro de viento atinado a morir, y ésta fue la constancia que dejó:

“Piedras. Sólo piedras talladas, rotas, fragmentadas, astilladas o intactas las molicies mudas parecen mirarme con sorna.

Puedo averiguar de qué colores eran, cómo estaban pintadas las figuras en relieve y las superficies lisas.

Pero, ¿cómo eran?

Miro la maqueta que reproduce el corazón de la ciudad y trato de imaginar dónde iban las piedras que me rodean, desproporcionadamente enormes en la sala del museo.

Miro y vuelvo a mirar. Cierro los ojos y pienso: total, todo pasado no es más que una piedra, tallada o no, en fragmentos o intacta, todo siempre fuera de proporción y sin sentido hasta que entra en la novela.

El recuerdo es carne de la novela. El olvido es armonía. El recuerdo es violencia. El olvido es serenidad. Incluso estas enormes e indescifrables piedras no son nada en el olvido, ni guijarros tirados al lado del camino. Estarían enterradas. El recuerdo desentierra. Saca los muertos al sol. Nos hace carne de muerte: carne para novela.

Suelto la imaginación sobre la mirada que pongo en la falda de la Coatlicue, la falda de serpientes. Y no puedo más que asustarme.

Reconozco que el terror que siento no sería lo que aquella me inspiraría si yo la viera allá, donde estuvo, donde fue como era, rodeada de quienes la tallaron y para lo que la labraron.

Cierro los ojos y veo la soledad del novelista: a solas en el terror, escribiera de lo que escribiera, todo sería piedra, piedra a secas, sin pintar, fuera de lugar y proporción. Lo que yo tocara tendría que ser animado por mis palabras, sacándolo del gélido temor sin sentido. Es mejor trabajar con mentiras como materia prima, con piedras reales y no con recuerdos personales: éstos son carne y realidad; para usarlos, el novelis-

ta los saca de contexto, los fragmenta, los rompe, los despinta, los vuelve piedras, sólo piedras.

Así que no debo dudar en continuar escribiendo mi versión de la vida de Moctezuma ii. No tengo de qué dudar, siempre he trabajado con piedras, siempre he tratado de indagar (en la sabiduría ajena y en la fantasía) cómo eran esas piedras de las que escribo cuando estaban coloreadas, recubiertas de plumas, piedras preciosas, piedras pulidas, vivas, útiles, sonriendo o llorando entre los hombres.”

El viento siguió adelante, agachado pero altivo, avanzando sin mirar ni oír. El viento siguió adelante...

VIII

Margarita disminuyó la velocidad del automóvil cuando llegamos al Palacio de las Bellas Artes y él pareció ordenar con la mirada que nos detuviéramos. Se bajó del automóvil, se acercó a las paredes de mármol y tocó el edificio, se retiró unos pasos y miró los ángeles esculpidos, las figuras que están en el edificio del Palacio de las Bellas Artes y en las que yo, la verdad, nunca había parado mientes. ¿Quieres ver el lugar por dentro?, le pregunté, y me miró con tal cara que entre las tres le explicamos que sí, que se podía pasar y le dijimos que eso era un teatro y Laura pausadamente le explicó lo que eso significaba. Ahí nos mencionó a Orteguilla, dijo: “Orteguilla me había dicho, pero no imaginé teatro así”, y preguntó, parado frente a Bellas Artes —al lado de la calle anchísima que fue San Juan de Letrán y ya no lo es, porque le han cambiado el nombre y la han cambiado a ella misma, ahora es un “eje vial”, una anchísima avenida llena sólo de coches, hostil para los ríos de personas que pasan por él—: “¿dónde estamos?, ¿qué ciudad? ¿Sevilla?”. Yo le contesté con otra pregunta:

— Usted, ¿de dónde viene?

— ¿De dónde he de venir? Soy el Tlatoani. Mis palacios están en Tenochtitlan.

Laura le contestó entonces, tomándolo de la mano, “está usted en Tenochtitlan, pero mucho tiempo después” y como él pareció no escucharla, ella repitió “estamos en Tenochtitlan, en otros tiempos, en otra era, en otros años” y él le preguntó quien es ahora el Tlatoani, quién gobierna, y si no es mexica de qué ciudad es el que nos gobierna y si

acaso era Carlos el de Cortés y agregó “dónde están los templos, tengo que presentarme ante los dioses” y yo no sabía si creerle pero Laura lo miraba sorbiendo sus palabras y nos decía, primero con los ojos, luego en voz baja, intercalando en las palabras de él: “no se dan cuenta”, “es asombroso”, “es Moctezuma”. Junto a una de esas frases Margarita dijo “es un loco, qué”, a lo que él contestó:

—Una vez un hombre me llamó perro. Hernando Cortés lo hizo azotar. A Moctecuhzoma no debe llamársele “loco” y Margarita lo miró a los ojos y Laura le exigió que se disculpara y Margarita lo hizo y empezó a creer también, yo claro que creía, soy antropóloga, conozco bien el arte indígena y he visto muchas piezas pero nunca cosas como las que él traía consigo, vaya, ni en los museos ni en las colecciones privadas ni en donde las elaboran las he visto, en ningún lugar las he visto...

Entonces Laura se quitó el suéter para que él caminara pisando sobre el suéter de ella y le pidió a Margarita el suyo y a mí la chamarra de mezclilla y con toda esa ropa iba haciendo un puente para que su tlatoani pisara con sus “cotaras” de oro y pedrería, porque claro que era oro lo que él vestía, claro que sí, y mientras acomodaba los suéteres y la chamarra en el piso iba diciendo, “perdón su señoría, no lo habíamos identificado, pise usted por aquí”.

Subimos al coche y Laura le iba explicando que ya no había templos, que había cambiado todo, y el buen humor que él empezaba a manifestar, incluso a pesar del “loco” con que lo apeló Margarita, se empezó a evaporar ante nuestros ojos. Yo lo más que dije fue comentar a Margarita:

—Sospecho que sería peor llevarlo a Catedral, o tú qué crees, mientras ella ya lo había decidido, nos dirigíamos al Templo Mayor, pero su falta de astucia para moverse en el primer cuadro de la ciudad no nos llevó directamente a la puerta de la reja que lo cerca, sino que topamos con una calle que pasa paralela al Palacio Nacional y desde lejos Laura guardó silencio cuando yo le decía:

—Ahí estaba el Templo Mayor, hasta que no pudo guardarse para sí su comentario y desde el asiento trasero me espetó:

— Para qué le dices, para qué quieres lastimarlo,

Y él sólo alzó hacia ella la mirada, generosa y limpia, sonriendo, como agradeciéndole él no sabía qué o su amabilidad y Margarita arrancó de nuevo el carro. Nos dirigimos directamente a Coyoacán.

Topamos en algún momento con las esculturas que reproducen la escena mítica de la fundación de Tenochtitlan, a un lado del Hospital de

Jesús, donde dicen que está enterrado Cortés, donde por primera vez se reunieron Cortés y Motecuhzoma. Eso sí se lo señaló Laura y él miró las esculturas con asombro, aparentemente sin comprender qué representaban y preguntó “¿Es Cuauhtémoc?” y ahí no me sonreí ni nadie se rió porque en su pregunta se adivinaba un ligero tono de desesperación y volteó de nuevo a Laura y le preguntó que cómo podía ser esto Tenochtitlan, que no había lago, que no había canales, que el aire incluso era distinto y alzando la cabeza al cielo, sacándola por la ventana del asiento trasero, dijo: “al cielo entonces lo habéis cubierto con manta fina” y después señaló los montes para mostrarle a Laura que esos montes no eran los que rodeaban a Tenochtitlan y Laura tomó su mano entre las dos de ella y le dijo “es mejor que no te explique” y en un santiamén, porque a esa hora no había ningún tránsito, si serían como las ocho de la mañana de un domingo, llegamos a Coyoacán.

